

# El Censo 2002 y las cuentas de una década.

Ruiz Encina, Carlos.

Cita:

Ruiz Encina, Carlos (2004). *El Censo 2002 y las cuentas de una década. Análisis del Año, (6), 33-58.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/httpwww.nodoxxi.cl/5>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfDv/Qym>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# SOCIEDAD

## EL CENSO 2002 Y LAS CUENTAS DE UNA DÉCADA

Carlos Ruiz Encina

En los últimos años, especialmente desde 1997 en adelante, hemos sido testigos de un debate más o menos estructurado y continuo acerca del rumbo que sigue el desarrollo social del país, a partir de las transformaciones económicas y políticas experimentadas en las últimas décadas. Cerrado en aquél año un ciclo extraordinariamente expansivo de la economía, y luego de conocidos los resultados de las investigaciones que, desde entonces, realiza periódicamente el PNUD sobre la sociedad chilena, irrumpe una discusión acerca de cómo interpretar *el nuevo Chile*. Con la activa intervención de instituciones gubernamentales y no-gubernamentales, de analistas y científicos, se anima un debate que cuenta con la participación no menos frecuente de personajes y grupos de la escena política, sobre todo de aquellos pertenecientes a la coalición que ha gobernado el país durante los años en que ocurren las transformaciones en cuestión. Esta temática, en definitiva, es la que los divide entre *autoflagelantes*, si se trata de registros críticos, o *autocomplacientes* si el discurso es más bien apologético a la hora de evaluar el curso reciente de la sociedad chilena.

Los resultados del Censo de Población y Vivienda del 2002 entregados por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) en este año que termina, vuelven a ofrecer motivo para reverdecer tales disquisiciones. La posibilidad de establecer una base de comparación entre estos datos recientes y los registros que arrojaba el censo anterior, realizado en 1992, parece brindar la ocasión —al menos así lo aprecian muchos— de realizar el balance de una década. Por cierto, todavía la discusión no adopta la fisonomía y la presencia que alcanzó en otras oportunidades en años recientes, pero ya deja claro que la perspectiva en que comienzan a aparecer los análisis implica un retorno a la pregunta central que animaba aquellas divagaciones, a saber, si *¿es Chile un país moderno?*, y con ella todas las implicaciones que sabidamente se derivan.

Comparto la opinión de que los datos arrojados por el Censo 2002 no resultan especialmente concluyentes respecto de muchos de los dilemas abiertos por aquella discusión, ni arrojan necesariamente más claridad que otros estudios

que se han venido realizando en estos años. Esta mirada sólo puede ser parcial, por cuanto no existe información en el censo sobre un conjunto importante de dimensiones, por lo que intentaremos complementarla con otras fuentes para entregar una visión más integral. El relativo vacío de análisis construidos en una perspectiva integradora, capaces de plantearse de manera más amplia muchos fenómenos que resulta difícil de comprender en una perspectiva sociológica cabal al considerarlos en forma aislada, han restado hondura al debate mencionado, el cual sucumbe no pocas veces a las prioridades del socorrido impacto comunicacional que determina la dinámica política episódica. No es tampoco al alero de cifras específicas y poco vinculables en la perspectiva de lo que algunos autores denominan *análisis integral*<sup>1</sup>, como las que construyen estos registros censales, que se pueden discernir dilemas como la existencia y el carácter que asume una *modernidad avanzada* en Chile hoy.

Lo anterior no significa de ningún modo que las estadísticas censales resulten poco útiles para resolver dilemas propios del trazado de políticas públicas específicas y focalizadas. Al contrario, precisamente el registro que éstas construyen acerca de problemas específicos y la medida en que lo desagregan geográficamente con una precisión difícil de igualar, las hace de inestimable valor en tal sentido. El problema aparece cuando a partir de estos datos se intentan sacar conclusiones totalizantes.

De cualquier modo, es pertinente pasar revista a algunos de los datos más significativos que arroja el Censo 2002, para que el lector pueda sacar sus propias conclusiones. En este sentido, y en coherencia con los propósitos de un Anuario como éste, es importante dejar consignados algunos de esos resultados con la finalidad que puedan ser consultados de manera fácil y directa cuando se requiera pasar revista al período que cubren.

## LOS NÚMEROS DEL CENSO 2002

Por su implicancia y la forma en que son abordados habitualmente, entre los variados registros que arroja el Censo 2002 resulta relevante, en el sentido antes señalado, concentrarnos en aquellos que apuntan a los cambios experimentados en términos de la calidad de vida, la movilidad social, el desarrollo político y cultural. La literatura al respecto suele considerar tales elementos a partir de las estadísticas de vivienda, patrimonio, movilidad residencial, movilidad social, demografía, educación, del mercado laboral, así como de la inscripción electoral y la

---

<sup>1</sup> Al respecto se puede consultar la obra del sociólogo Enzo Faletto, representativa de esta perspectiva, desde la ya clásica *Dependencia y desarrollo en América Latina*, escrita con F. H. Cardoso, de múltiples ediciones, hasta la más cercana en el tiempo, *Transformaciones sociales y económicas en América Latina*, editada por el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile en 1999, en coautoría con Rodrigo Baño.

adscripción a credos religiosos. Al margen de los cuestionamientos acerca de la suficiencia de estos vectores teórico-metodológicos de análisis para soportar las conclusiones que de ellos se intenta desprender, es conveniente seguir sus resultados, de importancia en sí mismo, al tiempo que poder revisar la pertinencia de dichas conclusiones.

Entre las conclusiones más reiteradas acerca de las tendencias que caracterizan el cambio que experimentó la sociedad chilena en el período 1992-2002 aparecen básicamente cuatro.<sup>2</sup> La primera de ellas insiste en destacar un marcado aumento del bienestar de la población, fundado en el acceso a nuevos bienes, servicios y oportunidades; ello se considera indicativo de un aumento de la calidad de vida y del bienestar general de la población. La segunda alude a una pronunciada tendencia a la integración o la inclusión de los sectores más desfavorecidos a ciertos beneficios del progreso, lo que se considera un efecto no sólo del desenvolvimiento del mercado sino de la acción efectiva de políticas públicas orientadas a la construcción de mayores niveles de equidad en la sociedad. La tercera de estas conclusiones releva la tendencia registrada en la dirección de un mayor asentamiento o estabilidad geográfica de la población como resultado de la detención de los antiguos procesos migratorios campo-ciudad, curso que sería ayudado por una movilidad educacional en pleno proceso de crecimiento; esto se considera indicativo de una sociedad que ha evolucionado hacia una situación de mayores niveles de movilidad social. Por último, se señala la existencia de una mayor heterogeneidad o diversificación social, la cual se expresaría principalmente en la multiplicidad de las formas de familia. En cambio, en términos de desarrollo político se corrobora la constatación ya sabida de la lenta –y porcentualmente decreciente– inscripción de la población en los registros electorales.

## VIVIENDA, PATRIMONIO Y CALIDAD DE VIDA

La discusión acerca de la evolución de la calidad de vida y el bienestar general de la población chilena ha resultado ser una de las más difundidas, tanto por los medios de comunicación masiva como por aquellos más especializados y las publicaciones dedicadas al tema. De manera predominante, en ellas se suele entender el incremento del bienestar de la población en términos del mejoramiento de sus condiciones materiales de vida, y esto a su vez se vincula a un mayor acceso a las oportunidades que abren el empleo y la educación.

---

<sup>2</sup> Véase por ejemplo *Una visión de Chile a partir de los datos del Censo 2002: ¿cuántos y cómo somos los chilenos?*, recientemente editado por el INE, o bien *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002*, de varios autores, editado también por el INE y la Presidencia de la República como parte de los Cuadernos del Bicentenario. En particular en este último, véase de Eugenio Tironi el trabajo *¿Es Chile un país moderno?*

En este enfoque los principales indicadores que resultan considerados son aquellos que tienen que ver con la situación que experimenta la vivienda y el acceso a bienes de consumo durables. En términos de lo primero los datos arrojan que, entre ambos censos (1992-2002), el número de viviendas para uso residencial aumenta en un 25,7%. Un resultado que prácticamente duplica el crecimiento de la población en el mismo periodo, de 13,3%. Tal mayor aumento del número de viviendas sobre el de las personas implica una consiguiente disminución del número de residentes por vivienda. Una menor densidad residencial que resulta del siguiente orden: el número promedio de personas por vivienda disminuye de 4,47 en 1992 a 4,03 en el año 2002. En términos del número de viviendas la situación es la siguiente:

**Número de viviendas 1992-2002 (en miles)**

TIPO DE VIVIENDA	1992	2002	Variación porcentual
Casa	2.486,7	3.225,5	29,7
Departamento	254,6	468,0	83,8
Pieza, mediagua, otros	360,6	206,0	- 42,9
Total	3.101,4	3.899,5	25,7

FUENTE: INE. Censos de población, años respectivos.

La relación entre los residentes y el número de dormitorios revela el grado de hacinamiento o de exceso de personas por vivienda. El Censo dispone de información a nivel de hogar, puesto que consulta por el número de dormitorios empleados por cada uno de los hogares que comparten una misma vivienda. Este es un rasgo distintivo del Censo respecto de otras fuentes de información que no distinguen respecto de los usuarios de la vivienda.<sup>3</sup> Los registros censales muestran también una disminución de los niveles de hacinamiento. La población que reside en hogares que no superan las dos personas por dormitorio se elevó del 58,5 al 73,9% en el lapso analizado. Tal disminución del nivel de hacinamiento se vincula a la expansión del número de viviendas, situación que permite la separación de los grupos que antes compartían una vivienda por motivos no voluntarios. Nótese, en todo caso, que la oferta de nuevas viviendas debe estar acompañada de incrementos en los niveles de ingresos familiares para posibilitar la autonomía de los grupos que se escinden. Por otra parte, la diferencia entre los niveles de hacinamiento entre las zonas urbanas y

<sup>3</sup> Es el caso de la encuesta CASEN, que solo facilita un registro de la relación entre residentes y número de dormitorios de la vivienda. Sin embargo, el Censo no indaga mayormente sobre la distribución de la vivienda entre los distintos núcleos familiares que comparten residencia en ella. Este aspecto resulta de especial importancia, dado que la convivencia de varios núcleos familiares al interior de una vivienda es una situación que se reitera con una alta frecuencia.

**Número de personas por vivienda 1992-2002**

TIPO DE VIVIENDA	1992	2002	Variación porcentual
Casa	4,65	4,18	- 10,1
Departamento	3,50	3,08	- 12,0
Pieza, mediagua, otros	3,89	3,73	- 4,1
Total	4,47	4,03	- 9,8

FUENTE: INE. Censos de población, años respectivos.

rurales, si bien existe, no es significativa. En términos del número de personas por viviendas la evolución es la siguiente:

A lo anterior hay que sumar otro fenómeno, como es el hecho de que el 72,6% de los hogares viva en viviendas propias, muchas de las cuales están sujetas a algún tipo de deuda. Es de consignar al respecto que alrededor del 60% del total de viviendas construidas en el país pertenece a programas habitacionales subsidiados.<sup>4</sup> La situación en cuanto a la propiedad de la vivienda en 2002 es la siguiente:

**Tipo de propiedad de la vivienda (porcentaje) 2002**

	Casas	Departamentos	Pieza, mediagua, otros.	Total
Propia	58.2	26.3	40.7	53.6
Propia pagándose	18.0	34.4	2.1	19.0
Arriendo	14.5	35.1	26.7	17.5
Cedida, otros	9.3	4.2	30.4	9.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTE: INE. Censos de población, años respectivos.

Hoy la vivienda propia que habitan los chilenos resultaría, por otra parte, de mayor calidad. Los datos del Censo reportan un incremento generalizado en la calidad de los materiales de que están construidas dichas viviendas en la década bajo análisis. El 59.2% de la población habita en construcciones cuyos muros están conformados por ladrillo, concreto o bloque estructural; un 56.0% reside en viviendas que utilizan teja, tejuela, loza o zinc para el techo; el 66.1% vive en construcciones con piso de parquet, tabla u otro material de buena calidad.

Un análisis reciente establece un patrón de comparación entre los resultados de este orden contenidos en los censos de 1992 y 2002, a partir de definir un umbral

<sup>4</sup> Según estimaciones de la Cámara Chilena de la Construcción.

de estándares mínimos de calidad que incluyen diferentes dimensiones de la vivienda.<sup>5</sup> Al escrutar los mencionados datos censales concluye que el 90,7% de la población vive en residencias que satisfacen esos estándares básicos de calidad, lo que se compara positivamente con 1992, cuando ese porcentaje llegaba sólo al 81,1%. Por lo controvertido que resulta el tema, el autor precisa al respecto que no busca definir una norma, sino establecer tan sólo un punto de comparación para evaluar la evolución del indicador a lo largo del tiempo. Por tanto, la evolución positiva registrada revela una mejoría, aunque nada dice acerca de la suficiencia de ésta, particularmente en términos de alcanzar un nivel atribuido a una condición de *modernidad avanzada*.<sup>6</sup> Por lo demás, el mismo análisis comprueba que la cobertura de viviendas sin déficit es notoriamente mayor en el sector urbano. La evolución del estándar de calidad mencionado muestra una disparidad respecto a las zonas rurales: en las zonas urbanas éste pasa de 84.8% en 1992 a 92.8% en 2002, mientras que en las zonas rurales el índice mencionado registra una evolución de 62.1% en 1992 a 77.3% en 2002.

Si se considera el crecimiento experimentado por el número de viviendas durante el período en cuestión, se deduce que esta mejoría en la calidad de las viviendas está relacionada con la emigración de las familias hacia residencias nuevas, las cuales presentan mejores estándares de construcción que las viviendas antiguas. No obstante, aunque resulta de indiscutible gravitación, la calidad de vida de la población no se restringe a la vivienda. En este sentido, otras variables usualmente consideradas son las que tienen que ver con los grados de acceso a servicios de infraestructura básica, tales como electricidad, agua potable, alcantarillado, ducha y combustible para cocinar, así como aquellas ligadas al acceso a bienes de consumo durables, las cuales reflejan entre 1992 y 2002 un avance semejante.

Aquí también el estudio consignado define ciertos estándares mínimos —que incluyen también las limitaciones anteriores—, comprobando que un 79,1% de las personas vivía en hogares que cumplía con todos ellos en 2002, contra un 61,1% en 1992. En cuanto al acceso a bienes durables, como teléfono fijo, lavadora, microonda, refrigerador, televisor a color, equipo de música, etc., se constata también un incremento superior a los 30 puntos porcentuales durante la década 1992-2002. De hecho, se constata que en 2002 más del 80% de los hogares tienen refrigerador, lavadora y TV a color. Por otra parte, se observa que en el 2002 más de la mitad de los hogares tiene acceso a teléfono fijo y celular; y la tenencia de vehículos motorizados alcanza al 35% en este año, ello sin tener en cuenta aquellos vehículos de trabajo como camionetas y taxis. Como se ha mencionado profusamente en distintos medios, tanto especializados como de comunicación masiva, los datos censales revelan un fuerte crecimiento en términos del acceso a bienes durables. El siguiente cuadro ofrece una perspectiva general de la proporción en que esto ocurre en la última década:

<sup>5</sup> Véase Osvaldo Larrañaga, *¿Cómo y dónde viven los chilenos? Vivienda y patrimonio. Chile 1992-2002*, en *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002*, op. cit.

<sup>6</sup> Soslayando las advertencias de su autor, en estos términos emplea Tironi los resultados del estudio mencionado. Véase Tironi, op. cit.

**Porcentaje de personas que viven en hogares con acceso a bienes durables**

	1992	2002
TV B/N	51.0	15.1
TV Color	54.4	89.2
Video grabador	19.3	38.4
Equipo alta fidelidad	32.3	69.6
Lavadora	50.2	83.3
Refrigerador	55.8	84.6
Microondas	4.4	31.4
Teléfono celular	1.1	53.8
Teléfono fijo	23.8	53.4
Conexión TV Satelital	Nd	25.0
Secadora o centrífuga	Nd	45.0
Congelador	Nd	9.0
Computador	Nd	22.4
Conexión a internet	Nd	11.0

FUENTE: INE. Censos de población, años respectivos.

**Porcentaje de personas que viven en hogares con tenencia de vehículos**

	1992	2002
Bicicleta	39.5	53.0
Moto	1.3	1.8
Auto o <i>station</i>	16.5	23.5
Camioneta o furgón	5.1	11.7

FUENTE: INE. Censos de población, años respectivos.

Dos tipos de razones se reiteran a la hora de explicar este crecimiento de la tenencia de bienes durables durante la década 1992-2002. Primero, el hecho que se trata de bienes cuya demanda es altamente sensible a aumentos en el nivel de los ingresos, como lo registrados por algunos sectores en este lapso. Segundo, que son bienes que se cuentan entre aquellos a los cuales se transmite con mayor



celeridad el progreso tecnológico, lo que incide en la disminución de sus costos y la consiguiente ampliación del acceso a los mismos.

No obstante lo anterior, existe una gran brecha en los grados de cobertura que alcanzan los servicios básicos en los sectores urbano y rural. En 1992, prácticamente la totalidad de los habitantes rurales calificaban como carentes en infraestructura básica. Hacia 2002 la situación es algo mejor, pero sólo un 18,4% de ellos satisface los estándares en todas las dimensiones consideradas. En particular, en algunas dimensiones muy sensibles, como el acceso a agua potable, el porcentaje de personas sin déficit de tal tipo de infraestructura pasa de un muy pobre 26,5% en 1992 a un todavía pobre 44,1% en 2002. La cobertura del acceso a alcantarillado, por otro lado, pasa de un 13,1% en 1992 a un 52,5% en 2002; mientras que la de acceso a combustible para cocina y calefacción pasa de 29,7% en 1992 a 48,7% en 2002.

Si se tiene en cuenta la distribución del acceso a la vivienda y a los bienes durables en las comunas del país, se puede obtener otra aproximación en términos de la dirección integradora o excluyente de estos cambios.<sup>7</sup> Los registros de ingreso que proporciona la encuesta CASEN indican que el crecimiento económico ha sido positivo para reducir la pobreza, pero que éste no ha tenido impacto sobre la desigual distribución de los ingresos en el país. En este sentido, los datos censales confirman dicha apreciación. Estos agregan que las alzas más importantes en la cobertura de viviendas sin déficit tienen lugar en las comunas más atrasadas; en cambio, el bajo grado de avance que exhiben las comunas de los deciles superiores no debiera sorprender, dado que cuentan con elevado punto de partida en el año 1992. Los resultados censales indican también la existencia de una relación positiva entre el crecimiento de población de la comuna y los cambios en la tasa de cobertura de estándares de vivienda, lo que sugiere que es la construcción de viviendas nuevas la que explica en buena medida el mencionado mejoramiento en los estándares de la vivienda chilena y que dicha construcción se concentró en las comunas que experimentaron un mayor crecimiento poblacional. No obstante, la distribución resultante refleja que en el año 2002 es bastante más pareja que la registrada en 1992. Claro que esto no permite concluir la existencia de un proceso de convergencia en la calidad de las viviendas, puesto que la medida considerada es de naturaleza dicotómica y está centrada en un umbral de estándar mínimo. Para formarse una idea más acabada al respecto se requieren análisis específicos y desagregados. En definitiva, se trata de un resultado análogo a la reducción de la pobreza según ingresos, puesto que un importante número de personas rebasa el umbral mínimo durante el decenio considerado.

Los grados de acceso de la población a infraestructura básica registran una fuerte variación entre las comunas. Las comunas que registran las mayores alzas medi-

---

<sup>7</sup> La adopción de la comuna como unidad de análisis busca explotar la ventaja que en este sentido ofrece el Censo, única fuente de información que permite caracterizar desde una perspectiva socioeconómica a estas unidades geográficas. Los datos de la encuesta CASEN permiten analizar la distribución del bienestar entre la población, pero su representatividad comunal está restringida a sólo algunas regiones del país.

das respecto al umbral básico definido son aquellas consideradas en los deciles intermedios de la distribución en 1992. En cambio, aquellas de los deciles inferiores y superiores registran alzas más moderadas en la cobertura de infraestructura básica. Nuevamente no debe sorprender el menor avance de las comunas ubicadas en los deciles superiores, si se considera que un elevado punto de partida deja poco espacio para alzas adicionales sustantivas en estos indicadores. El resultado más preocupante, en cambio, es la baja ganancia relativa de las comunas pertenecientes a los deciles inferiores. Por otro lado, los datos censales revelan que existe una asociación entre los cambios en el nivel de escolaridad de la población adulta y en la cobertura de infraestructura básica, lo que sugiere que las comunas que más incrementaron su nivel socioeconómico, medido a través de la escolaridad<sup>8</sup>, son aquellas que presentan mayores alzas en estos indicadores, reflejo al fin de la acción de los factores de mercado sobre el acceso a la infraestructura básica.

Al igual que en el caso de la calidad de los materiales de la vivienda, en términos de los niveles de disminución de las situaciones de hacinamiento o densidad habitacional las alzas más importantes ocurren en las comunas pertenecientes a los deciles inferiores de la distribución original en 1992. Ello se traduce, en el año 2002, en una distribución bastante más pareja del indicador en las comunas. Por otro lado, los datos censales también indican la existencia de una relación positiva entre la reducción de hacinamiento y el incremento del nivel socioeconómico de la comuna, estimado a través de los años de educación de la población adulta.

En términos del acceso a bienes durables, éste refleja una relación marcada entre los niveles de acceso y la condición socioeconómica de las comunas, estimada de la manera ya señalada; lo cual, por lo demás, no está controlando las diferencias en la calidad existente entre activos o bienes de igual denominación la que, de producirse —y resulta lo más lógico suponerlo, debido a la constitución de mercados profusamente segmentados en este tipo de bienes— representaría un elemento que enfatiza las diferencias sociales existentes. Especialmente en el incremento del acceso a la tenencia de vehículos el cambio de la escolaridad adulta reviste mayor impacto, lo cual está en coherencia con la demanda privada de este tipo de bienes.

Al considerar las 15 comunas que presentan los mejores índices de vivienda y patrimonio durante los años 1992 y 2002 se desprende que no hay cambios significativos: resultan prácticamente las mismas. Análogo resultado se obtiene al considerar las 15 comunas con peores resultados al respecto. Por lo demás, entre las primeras, 11 corresponden a la Región Metropolitana (tanto en el año 1992 como en 2002), lo que advierte sobre una tendencia sostenida de concentración espacial en el patrón de desarrollo económico en el país.

Por último, a estas conclusiones hay que añadir que los datos censales han permitido presentar la evolución de las condiciones materiales del nivel de vida de las personas sólo en materia de vivienda y activos durables. Y aunque estos repre-

---

<sup>8</sup> En términos de los datos censales, la relación entre patrimonio y escolaridad se asume como indicativa de la mayor capacidad de compra que posee una población de superior nivel socioeconómico.

sentan dimensiones de incuestionable importancia al respecto, la calidad de vida y el bienestar del general de la población no se reducen a consideraciones relativas a la situación de la vivienda y del patrimonio.<sup>9</sup> Otras investigaciones realizadas en esta misma década llaman la atención sobre los grados de desconfianza e inseguridad que acompañan al proceso de cambios considerado. En 1998 un informe del PNUD insistía al respecto, a partir de investigaciones realizadas precisamente en los momentos de máxima expansión que cobija el ciclo económico, cuya desaceleración se iniciaba desde entonces en adelante.<sup>10</sup> La *paradoja* en que se insistía consiste en el hecho que, a pesar de que el modelo de desarrollo vigente puede mostrar logros evidentes en materia de indicadores económicos, en la sociedad chilena se producen grados significativos de desconfianza, tanto en las relaciones interpersonales –las personas no confían en otras– como tampoco confianza en los sistemas institucionales que inciden en la seguridad colectiva, como lo son los de salud, previsión, trabajo y educación.

Como se señalaba entonces en la edición correspondiente al 98 de esta misma publicación<sup>11</sup>, el principio de explicación ha tratado de encontrarse en las tensiones que genera el proceso de modernización en curso. Es una hipótesis conocida en la teoría sociológica la de la contradicción observable en el proceso de modernidad occidental. Max Weber señalaba que un despliegue de racionalidad de carácter puramente instrumental –esto es la adecuación formal de medios a fines– pone en peligro una racionalidad sustantiva en donde, tanto los medios como los fines son elegidos de acuerdo a valores. En el informe del PNUD se hace mención a una tensión entre un proceso de modernización, más ligado a la primera dimensión señalada, y un proceso de subjetivación que correspondería a la segunda de ellas. Por lo demás, un segundo eje de tensiones en la modernización se constituye entre procesos de diferenciación social y los procesos de integración. Estos procesos y tensiones afectan tanto a las personas como a los grupos y a las instituciones, estos últimos más difíciles de considerar a partir de la estructura de

<sup>9</sup> Por lo demás, cabe anotar aquí que los registros censales expuestos han sido cuestionados por una investigación encargada por la Cámara Chilena de la Construcción, abriendo una duda sobre los índices de reducción del déficit habitacional contenidos en el Censo 2002. En efecto, tal investigación asegura que en siete años el país ha experimentado un estancamiento en materia de construcción social, estimando que habría casi el doble de familias de bajos recursos sin vivienda social de las que supone el Estado a partir de las últimas estadísticas censales. Tal diferencia con estos últimos –se señala– responde a problemas metodológicos en las mediciones censales. Véase *Gasto público en vivienda y evolución del déficit habitacional*, Cámara Chilena de la Construcción, Santiago, 2002.

<sup>10</sup> Véase el estudio *Desarrollo humano en Chile: Paradojas de la modernización*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Santiago de Chile, 1998. Es más, el Informe de Desarrollo Humano elaborado por el PNUD precisamente en el mismo año 2002 registra una extendida desconfianza de la población chilena frente al desarrollo económico experimentado. En términos de valoración al respecto, un elevado 59% estima que *es más lo que hemos perdido* al contemplar los cambios ocurridos en Chile, mientras que sólo un 36% estima lo contrario. Véase el *Informe de Desarrollo Humano en Chile 2002*, PNUD, Santiago de Chile, 2002.

<sup>11</sup> Véase E. Faletto, *Panorama Social*, en *Análisis del año 1998, Sociedad, Política y Economía*, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, Santiago, 1999.

los registros censales centrados en las personas. No obstante, es la perspectiva de los grupos sociales –y con ello sus cursos de constitución o desarticulación– la que permite establecer en mayor medida para quienes resulta más exitosa la economía, así como precisar también el carácter social de la insatisfacción.

## MOVILIDAD RESIDENCIAL, EDUCACIONAL Y OCUPACIONAL

Otro tema que gravita en la discusión acerca del sentido y la dirección que adquiere el proceso de cambios que experimenta la sociedad chilena en la última década es el de la existencia o no –y en qué grado– de procesos de movilidad social, tradicionalmente entendidos éstos como cambios en la condición socioeconómica de las personas. Las disquisiciones realizadas en torno a los datos censales recientes reducen esta consideración a los registros de la movilidad residencial, educacional y ocupacional.<sup>12</sup> Si bien no es claro que a partir de éstos pueda concluirse la existencia de procesos de movilidad social de alguna significación, los índices mencionados son de interés por sí mismos y conviene consignarlos.<sup>13</sup>

En lo fundamental, los datos censales recientes muestran que la población chilena tiende en el 2002 a mantenerse viviendo por más tiempo en una misma comuna que en 1992. Incluso al interior de las regiones el movimiento ha disminuido. Como resultado de este asentamiento, la Región Metropolitana ha dejado de ser la principal región receptora de migración; por el contrario, hoy expulsa más personas de las que recibe. A partir de los 25 años, en particular, son más las personas que salen que las que entran a esta región, y este patrón tiende a acentuarse conforme se consideran personas de mayor edad. Incluso la migración de los más jóvenes, de entre 15 y 24 años, motivada tradicionalmente por razones de estudio, se reduce en el decenio considerado. Según los datos censales, son las regiones V y IV las que reciben la mayor parte de la migración proveniente de otras regiones; y sólo la VIII región mantiene un saldo neto de migración negativa, es decir, expulsa más población de la que recibe.

No obstante, un análisis reciente<sup>14</sup> sobre estas cifras revela que se registra un aumento de la proporción de personas que se ha movido, en el lapso considerado, a una comuna de mejor rango, teniendo en cuenta la jerarquización de las comunas que establece el *Índice de Desarrollo Humano para las Comunas de Chile* elaborado por el PNUD y Mideplan. Se trata, en primer lugar, de gente joven, entre 25 y 34 años (a medida que aumenta la edad de las personas, el asentamiento tiende a ser

---

<sup>12</sup> Véase Tironi, *op. cit.*

<sup>13</sup> Debe tenerse en cuenta que los datos censales sólo permiten analizar procesos de movilidad estructural que comprometen al conjunto de la población, pero no proporcionan referencias sobre la movilidad individual, salvo la residencial, cuando se pregunta expresamente por el lugar de residencia hace 5 años.

<sup>14</sup> Véase Valenzuela, Eduardo y Soledad Herrera, *Movilidad residencial y movilidad social*, en *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002*, *op. cit.*

mayor), que tiende a tener una calificación educacional superior al promedio nacional, sobresaliendo entre ellos los profesionales y los técnicos. Por lo tanto, la migración no es ya una práctica predominante entre los más pobres, ni estamos ante la movilidad residencial tradicional asociada a la pobreza rural y a la visualización de la metrópoli como única fuente de oportunidades. Hoy día la migración parece vincularse a la creciente flexibilización laboral que alcanza a las personas calificadas y a las demandas puntuales de diferentes tipos de trabajo. En este sentido, se registra el hecho que, mientras los hombres no calificados tienden a salir de la Región Metropolitana, las mujeres de la misma condición educacional tienden a buscar oportunidades en esta región, lo que probablemente esté asociado a las posibilidades de empleo.

La mayor estabilidad física de la población chilena va acompañada, sin embargo, de una mayor movilidad educacional, registrándose cambios entre generaciones así como dentro de ellas. En efecto, la población que al momento del registro censal tenía entre 60 y 64 años –nacidos entre 1938 y 1942– contaba, en promedio, con 7,2 años de educación, mientras que los situados entre 20 y 24 años –nacidos entre 1979 y 1982– ya habían alcanzado 11,4 años promedio. Las generaciones nacidas entre 1968 y 1972 logran en esta década que el 50% de sus miembros alcance la enseñanza media completa (12 años de estudio), mientras que la enseñanza básica completa (8 años de escolaridad) se alcanza para un 50% de la población nacida entre 1943 y 1947.

En términos de las posibilidades de movilidad educativa, al comparar los logros educativos de los jóvenes entre 20 y 29 años respecto de sus padres, hay avances claros. Sin embargo, persiste una relación entre el ciclo educativo del padre y el que alcanzan sus hijos. En el último censo, el 44% de los hijos entre 20 y 29 años ha mantenido el ciclo educativo del padre, cosa que ocurre sobre todo entre padres con educación superior. Una proporción similar, de alrededor de 42% de los hijos, tiene un ciclo educativo más que el padre –o madre, en caso que falte el padre–, y cerca del 9% ha tenido una movilidad educativa de dos ciclos (es decir, ha accedido a la educación superior cuando su padre sólo alcanzó el ciclo básico). Considerando la perspectiva de la década, la magnitud de la movilidad intergeneracional se mantiene estable, con una proporción ligeramente menor de hijos que obtienen un ciclo más que su padre y otra ligeramente mayor de aquellos que alcanzan dos ciclos. Los registros censales precisan, además, que este ascenso educativo tiende consistentemente a aumentar en las comunas de mayor desarrollo, aunque estas diferencias de movilidad educativa se estrechan en el último decenio.

En el campo ocupacional, la escolaridad promedio de los ocupados crece de 9,4 años de estudio en 1992 a 10,8 en 2002, superando en cerca de 2 años el promedio del total de la población del país. El grupo de técnicos y profesionales de nivel medio es el que experimenta el mayor incremento en la estructura ocupacional, pasando del 5,0 al 13,8% en el lapso considerado, hecho en el que incide de modo determinante la expansión de la educación superior. Una tendencia en el mercado laboral vinculada a la anterior es aquella que refleja el aumento de la proporción de personas ocupadas en trabajos no manuales, de 31% en 1992 a 38% en 2002 (especialmente registrada

entre las mujeres), con la consiguiente disminución de los ocupados en empleos manuales. No obstante, hay que consignar que la proporción de trabajadores manuales sigue siendo muy alta entre los jóvenes que acceden al mercado de trabajo con baja escolaridad: el 79% de los ocupados de edades entre 15 y 24 años en 1992 era trabajador manual, disminuyendo levemente a 71% esta proporción en 2002.

El principal cambio observado en la estructura ocupacional entre 1992 y 2002 es el aumento del porcentaje de técnicos y profesionales de nivel medio, desde un 5,0 a un 13,8%. El incremento de profesionales, científicos e intelectuales es menor, así como de los trabajadores no calificados.

**Grupo ocupacional (porcentaje) de los trabajadores, total nacional 2002. Base: ocupados**

	1992	2002	Diferencia 1992-2002
Fuerzas armadas	0,4	0,8	0,4
Poder ejecutivo, legislativo, directivo adm. pública y empresas	6,9	5,8	- 1,1
Profesionales, científicos e intelectuales	6,8	9,4	2,7
Técnicos y profesionales de nivel medio	5,0	13,8	8,8
Empleados de oficina	12,3	8,7	- 3,5
Trabajadores de servicios y comercio	10,8	12,8	2,0
Operadores de instalaciones y máquinas y montadores	8,6	8,6	0,0
Oficiales, operarios y artesanos artes mecánicas-otros oficios	17,4	12,6	- 4,8
Trabajadores no calificados	19,6	22,2	2,6
Agricultores y trab. calificados agropecuarios y pesqueros	12,3	5,2	- 7,1
Total	100,0	100,0	
(N)	(4.430.881)	(5.199.396)	

FUENTE: Valenzuela *et al.*, *op. cit.*

Los datos censales ratifican que existe una clara relación entre el nivel educacional alcanzado y el tipo de ocupación que se ejerce. La educación básica y media incompletas conducen cada vez más a categorías ocupacionales de baja calificación. El destino ocupacional de quienes tienen sólo educación básica continúa siendo ampliamente las ocupaciones manuales. Si en 1992 un 31% de las personas con educación básica completa era trabajador no calificado, en 2002 esta proporción se eleva a 43%. Las personas con educación media incompleta, asimismo, se sitúan crecientemente en ocupaciones manuales en una proporción que sube de 82 a 91% en el periodo considerado.

Como se dijo anteriormente, no es posible concluir fehacientemente a partir

de estos índices la existencia de un proceso de movilidad social, tal y como tradicionalmente se entiende, esto es, como cambios sostenidos en la condición socioeconómica de sectores definidos de la población. Es más, otros datos parecen afirmar lo contrario. Un recientemente divulgado informe sobre Chile de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) sostiene que nuestro país presenta una de las distribuciones de ingresos más desiguales entre las llamadas *economías emergentes*, lo que coincide con un estudio del Banco Mundial conocido semanas antes, que arrojaba resultados similares.<sup>15</sup> Ambos, a su vez, coinciden con el diagnóstico que entregara la Séptima Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN), realizada por Mideplan en 1998. Si bien la existencia de procesos significativos de movilidad social no dependen exclusivamente de una estructura dinámica de distribución del ingreso, la sostenida rigidez de esta última afecta la posibilidad de desarrollo de tal tipo de procesos. Por lo demás, en este mismo sentido, un estudio de Seminarium Head Hunting dado a conocer este año<sup>16</sup>, revelaba la existencia de un circuito muy cerrado de colegios, carreras y universidades en las que se concentra de modo abrumador la producción del grueso de la elite empresarial, cuestión determinante en la constitución de las redes de poder económico, prácticamente inaccesibles, en las que predominan los contactos, apellidos y la proveniencia de un número muy selecto de establecimientos educativos.

No obstante estas diferencias, para un panorama más amplio podemos considerar otros antecedentes que proporciona el Censo 2002, relativos a la situación de la educación, el trabajo, la mujer, la familia, la incorporación a los registros electorales o la adscripción a credos religiosos.

## OTROS ÍNDICES DE LA EDUCACIÓN Y LA SITUACIÓN DEL TRABAJO

Para trazar una panorámica de la evolución de la situación educacional del país entre 1992 y 2002 a partir de la estructura de los datos censales, podemos recurrir a los indicadores de los niveles de escolaridad promedio, de la cobertura para los diferentes niveles educativos y a las tasas de escolaridad por grupos etareos.

La escolaridad promedio de la población de 5 y más años aumentó en 0,9 años en la década en cuestión, pasando de 7,6 a 8,5. El mayor incremento en este sentido se produjo en las personas entre 46 y 59 años de edad, cuestión en la que influye la presión de las mayores dificultades para encontrar o mantener empleos que enfrentan estos grupos etareos, lo que sitúa exigencias antes desconocidas sobre éstos volcándolos de modo creciente al desafío de elevar sus niveles de escolaridad, en programas especiales de educación para adultos o bien en carreras nocturnas de pre grado diseñadas especialmente para trabajadores. Los niveles de escolaridad más altos se

<sup>15</sup> El Mercurio, 7 de diciembre de 2003.

<sup>16</sup> Revista Capital, dossier *El club de la desigualdad*, 23 de mayo al 5 de junio, 2003.

registran en el grupo de 15 a 29 años, lo que se debe a una política educacional centrada en el aumento de la cobertura en la educación media. La escolaridad según sexo, en tanto, muestra en el 2002 una leve diferencia de 0,1 años más de escolaridad en los hombres, la cual en el año 1992 no se presentaba.

Es de considerar que el aumento general de la escolaridad en la población antes anotado se experimenta en todas las regiones en forma bastante pareja, aunque las regiones que presentan los menores niveles de escolaridad coinciden con aquellas en las cuales existe un importante componente rural.

Un análisis reciente que considera los cambios registrados en la escolaridad de la población en función de los estratos socioeconómicos de la misma<sup>17</sup>, concluye que en todos los deciles aumenta la escolaridad. En particular, es en los deciles más bajos que se registran los mayores incrementos de los niveles de escolaridad, especialmente el decil más pobre. Claro que tal incremento parejo en todos los deciles es indicativo de que una situación en la cual las brechas iniciales existentes entre los niveles de escolaridad correspondientes a los distintos grupos socioeconómicos no disminuye, exceptuando al decil más pobre, que ve reducirse sus diferencias en tal sentido con los sectores relativamente menos pobres.

La educación parvularia expande sustantivamente su cobertura —en torno a un 26%— en la década considerada, cubriendo prácticamente un tercio de la población entre 0 y 5 años, situación que se vincula a la fuerte incorporación de las mujeres a la fuerza laboral en este lapso, originando un aumento en la demanda por establecimientos que estén a cargo del cuidado de los niños en edad preescolar. Por otro lado, pese a que la educación básica ya en 1990 era prácticamente universal, ésta muestra también un aumento. En el caso de la cobertura de la educación media ocurre otro tanto.<sup>18</sup> La educación superior, en tanto, prácticamente duplica su cobertura en el último decenio, siendo el nivel de mayor expansión. Como se sabe, en la última década se ha experimentado una importante crecida en la oferta en educación superior, especialmente privada, así como de cursos de postgrado, consolidándose un mercado fuertemente segmentado y, como tal, constitutivo de un acceso diferenciado a los distintos mercados de trabajo.

En el nivel educacional alcanzado por la población se aprecian diferencias significativas entre los distintos grupos etareos. Mientras disminuye la proporción de la población que no cuenta con educación y aquella que tiene básica incompleta, crece de forma significativa en los niveles educacionales más altos, concentrándose en estos últimos las mayores alzas, lo que es indicativo de los grupos más favorecidos por este receso. En forma más detallada, la situación es la siguiente:

---

<sup>17</sup> Vease Berta Teitelboim y Valeria Salfate, *Cambios sociodemográficos en educación, en Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002, op. cit.*

<sup>18</sup> Según el Ministerio de Educación, en la enseñanza parvularia, básica y media, un 55,1% de los alumnos asistió a establecimientos subvencionados de dependencia municipal, mientras que el 34,1% lo hizo a establecimientos particulares subvencionados por el Estado, y sólo el 9,3% a establecimientos particulares pagados.



**Población de 15 y más años por grupo de edad y según nivel educacional (porcentajes)**

	Censo 1992					Censo 2002				
	15-29	30-44	45-49	60 o +	Total	15-29	30-44	45-49	60 o +	Total
Sin educación	1,2	2,4	7,1	15,6	4,6	1,1	2,4	4,9	13,3	4,2
Básica incompleta	19,2	30,3	49,8	53,2	32,6	9,2	17,4	31,7	47,4	22,3
Básica completa	12,8	11,6	7,9	5,5	10,6	8,8	11,7	9,8	6,6	9,6
Media incompleta	31,4	22,8	15,5	12,3	23,4	37,2	22,8	18,7	13,0	25,1
Media completa	22,0	18,6	11,8	9,2	17,4	20,2	21,8	16,5	11,1	18,6
Superior	13,4	14,2	7,9	4,3	11,4	23,5	24,0	18,3	8,5	20,3
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

FUENTE: Teitelboim y Salfate, *op. cit.*

Un aspecto relevante es la vinculación existente entre los niveles educacionales alcanzados y la situación del empleo. Si bien el haber alcanzado mayores niveles educacionales no garantiza la obtención de un empleo, se registra una fuerte relación al respecto. Al comparar los registros censales de 1992 y 2002, destaca el hecho que mientras al principio de este decenio la mayor proporción de ocupados se concentró en el nivel educacional básica completa, al final del mismo la mayor parte de las personas empleadas detenta un nivel superior de educación, lo cual expresa la creciente importancia que adquieren los niveles educacionales en la posibilidad de estar o no ocupado.

**Estructura de los ocupados según nivel educacional (porcentajes)**

	Censo 1992	Censo 2002
Sin educación	2,5	2,3
Básica incompleta	29,0	16,4
Básica completa	10,9	9,3
Media incompleta	21,8	22,5
Media completa	20,6	21,9
Superior	15,3	27,6
Total	100,0	100,0

FUENTE: INE

Dentro del conjunto de cambios sociales que experimenta la sociedad chilena el último medio siglo, la educación ha jugado un papel central. Desde los años cincuenta hasta mediados de los setenta constituyó un factor de movilidad social y laboral capaz de viabilizar la inserción económica, social y cultural de amplios sectores de la población. Luego, producto de las transformaciones económicas e institucionales acaecidas, ha perdido en gran parte aquella condición de mecanismo privilegiado del ascenso social.

En otro orden, la existencia de datos censales para el año 2002 permite evaluar las tendencias que actúan sobre el mercado laboral en el últimos decenio. Como se sabe, el periodo en cuestión cubre una etapa de alto crecimiento de la economía —más de 7% del PIB entre 1992 y 1998— con otra de un dinamismo abiertamente más pobre —crecimiento del PIB de algo más del 2% entre 1999-2001—, etapas que cobijan comportamientos dispares que se pierden al considerar los promedios de la década. Así, los datos censales del 2002 indican que la proporción de la población en edad de trabajar —15 años y más— que efectivamente pertenece a la fuerza de trabajo —está empleada o busca activamente trabajo— registra un promedio de 52,5%; es decir, de 100 personas en edad de trabajar, aproximadamente 53 están ocupadas o buscando activamente empleo, mientras que el resto se autocalifica inactiva (ocupados en actividades como quehaceres del hogar, estudio, son pensionados o están sin trabajar o buscando trabajo). Tal proporción registra un incremento del 49% a 52,5% entre 1992 y 2002, alza que se explica por la creciente tasa de participación femenina en tal periodo. De hecho, en la última década los datos censales exhiben una tendencia levemente negativa para los hombres. En todo caso, el nivel de la participación laboral femenina en Chile sigue estando bajo el promedio internacional. Por lo demás, es de consignar que el incremento mencionado se concentra en las regiones XI, XII y Metropolitana; en particular esta última concentró en 2002 el 45% del empleo nacional y alrededor de un tercio del PIB del país.

De acuerdo a estos datos censales, entre 1992 y 2002 el número de trabajadores ocupados se incrementó en 823.000 personas. En el año 2002 el volumen de empleo ascendió a cerca de 5.000.000 de personas, por lo que el aumento registrado en la década fue de 18%. Como es sabido, el empleo tuvo un comportamiento dinámico y creciente hasta fines de 1998, cuando se produce una desaceleración de la actividad económica. La tasa de desocupación disminuyó sostenidamente desde 1990 hasta alcanzar niveles cercanos o inferiores al 6% en 1998; sin embargo, entre 1992 y 2002 registró tasas de desempleo elevadas.

En cuanto a la distribución del empleo por rama de actividad económica se confirman algunas tendencias de anterior data. La agricultura pasa de representar un 16,1% del empleo total a un 10,7% entre 1992 y 2002, caída que se da principalmente en el empleo masculino. La industria también cae en un 5% en importancia, pasando de un 17,6% a un 12,3% del empleo total en similar lapso, con una merma mayor del empleo femenino. En cambio, crece la importancia de los servicios financieros y el comercio en el empleo total. El primero pasa de emplear el 5,8% de los ocupados en 1992 al 11,2%

**Evolución de la composición del empleo por rama de la actividad económica.  
1992-2002 (porcentajes)**

	TOTAL		HOMBRES		MUJERES	
	1992	2002	1992	2002	1992	2002
Agricultura	16,1	10,7	21,5	14,6	3,4	3,6
Minería	2,1	1,2	2,8	1,8	0,4	0,2
Industria	17,6	12,3	19,0	14,5	14,2	8,3
Elect., Gas y Agua	0,6	0,7	0,8	0,9	0,2	0,2
Construcción	7,1	7,7	9,9	11,5	0,7	0,8
Comercio	18,9	22,5	17,9	22,6	21,2	22,4
Transporte	6,7	7,4	8,6	9,7	2,4	3,2
Serv. Financieros	5,8	11,2	5,6	11,1	6,1	11,3
Serv. Com. y Sociales	25,0	26,3	13,7	13,3	51,4	50,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

FUENTE: INE.

en 2002, creciendo parejo en hombres y mujeres, mientras que el segundo sube de 18,9% a 22,5% en el mismo lapso, con un alza mayor entre los hombres.

En términos de la composición del empleo por categoría ocupacional, se observa una caída de la importancia de los trabajadores por cuenta propia, de los familiares no remunerados y de los empleadores. Por otra parte, crece la proporción que representan los trabajadores asalariados y el servicio doméstico. Si se asimila el empleo informal a la suma de los ocupados bajo las categorías de empleadores y trabajadores por cuenta propia (excluyendo a los profesionales de estas categorías), los ocupados en calidad de familiar no remunerado y en el

**Evolución de la composición el empleo por categoría ocupacional,  
1992-2002 (porcentajes)**

	TOTAL		HOMBRES		MUJERES	
	1992	2002	1992	2002	1992	2002
Empleador	7,0	4,4	7,3	4,8	6,4	3,7
Trab. por cuenta propia	16,4	16,2	19,0	18,5	10,4	12,1
Asalariados	68,6	72,2	70,4	74,5	64,3	67,9
Serv. doméstico	5,4	5,6	0,5	0,6	16,7	14,7
Familiar no remunerado	2,6	1,6	2,7	1,5	2,3	1,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

FUENTE: INE.

servicio doméstico se tiene que ésta disminuye en importancia en la década: de representar casi el 28% de los ocupados en 1992, disminuye a 21% en 2002. Es decir, en este lapso el crecimiento de los empleos formales sería superior al de los empleos informales.

En el descenso de los grados de informalidad en el empleo pueden incidir las menores perspectivas que detenta en la actualidad el desarrollo de micro y pequeñas empresas, las cuales suelen concentrar tal tipo de empleo. Según un estudio conocido este año sobre la dinámica de las empresas chilenas durante los años noventa, en base a los datos del Servicio de Impuestos Internos<sup>19</sup>, el 60% de las empresas chilenas no sobrevive más de 5 años, cifra que se concentra fuertemente en los estratos micro, pequeña y en menor medida mediana empresa, en tanto que en el caso de las empresas grandes más del 85% continúa funcionando después del lapso considerado. A esto hay que agregar que el descenso de la informalidad registrado nada dice acerca del comportamiento de los grados de precarización del trabajo que ocurren entre los empleos que se contabilizan como formales.

Dado que la información de los ingresos percibidos en el mercado laboral chileno no se recoge en los cuestionarios censales, un estudio reciente<sup>20</sup> vincula los datos allí registrados con aquellos obtenidos a partir del análisis de las encuestas CASEN, con el objeto de dar una visión más completa de lo ocurrido entre 1992 y 2002. En él se concluye que hay un fuerte incremento en el salario promedio en el lapso en cuestión que asciende a un 49%, lo que equivale a un incremento real anual promedio de 3,9%. Consigna también dicho estudio que, en la década en cuestión, tal crecida general de los ingresos cobija un alza marcadamente desigual según los niveles de calificación. En efecto, aunque todas las categorías ocupacionales tienen incrementos salariales en la década, el aumento de la categoría educacional superior es de 47% frente a un alza del 25-26% de las inferiores. Esto se traduce en un aumento del salario relativo de los universitarios respecto de la categoría media incompleta o menos: mientras que en 1990 un ocupado promedio de la categoría de educación superior tenía un salario promedio de 3,3 veces el de un trabajador con baja educación, en el año 2000 dicha relación subió a 3,9 veces. Estos resultados reiteran las conclusiones arrojadas por otras investigaciones acerca de los niveles de inequidad existentes en la estructura de distribución del ingreso en Chile.

---

<sup>19</sup> Se trata de una investigación de Gustavo Crispi, investigador de la Universidad de Sussex, académico de la Universidad de Chile y ex consultor de la Cepal, sobre la base de información del SII. El Mercurio, 13 de agosto de 2003. El estudio pesquiza la evolución de 67.310 empresas que se crearon en Chile durante 1996 hasta el 2001.

<sup>20</sup> Véase Bravo, David, *Trabajo: dignidad y cambios. El mercado laboral chileno, en Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002*, op. cit.

## CAMBIOS EN LA SITUACIÓN DE LA MUJER Y LA ESTRUCTURA FAMILIAR

Uno de los cambios más dinámicos en la década considerada tiene lugar con la incorporación de la mujer a diversos campos de la vida social, lo que resulta relevante si se tiene en cuenta que éste es un sector de la sociedad que ha sido sometido largamente a altos grados de exclusión y discriminación. Dimensiones como la educación, el empleo y la familia permiten apreciar este cambio en el período en cuestión.

En cuanto a la educación, la tasa de escolaridad femenina hoy no muestra diferencia con la tasa promedio nacional, aun cuando ello cobija diferencias entre los grupos etareos, situando la menor escolaridad femenina entre las mayores de 45 años. En cambio, entre la población que posee enseñanza media completa la proporción de mujeres supera la de los hombres, aun cuando esta brecha se invierte levemente en la educación superior.

En relación al mercado de trabajo, el cambio más significativo entre 1992 y 2002 es el aumento de la participación femenina en la fuerza de trabajo, que pasó del 28,1 al 35,7% en el período en cuestión (aunque, como se señaló, ésta sigue estando por debajo de los estándares internacionales), mientras que los varones muestran una leve caída de un 1,2% en este sentido. Es de consignar que este aumento de la participación laboral femenina se sitúa preferentemente en los estratos superiores, es decir, aquellos que detentan una educación media completa, técnica o universitaria, nivel este último en el que la participación femenina casi iguala a la de los hombres. Esto significa que el alza de la participación femenina en el mercado laboral se relaciona con sectores sociales vinculados a las posiciones más elevadas en la estructura laboral.

Si se atiende lo que ocurre en las familias en este período se aprecia una creciente feminización de éstas, muy ligado al aumento de las mujeres jefas de hogar, sean hogares monoparentales o biparentales. Entre estas jefas de hogar crecen aquellas con más escolaridad (sobre 13 años), lo que indica que ello no se reduce a los grupos más excluidos; y si estas jefas de hogar se distribuyen casi en partes iguales entre separadas y solteras, crecen más estas últimas. Para los análisis realizados<sup>21</sup> esto indica que la maternidad femenina es resultado cada vez más de una decisión individual y menos una opción impuesta externamente.

En términos de la estructura familiar también se aprecian cambios significativos en el decenio considerado. Los datos censales revelan un proceso de diversificación de la estructura de las familias, lo que conduce a una realidad heterogénea. Aun así, la tradicional familia nuclear biparental con hijos/as y basada en el matrimonio continúa siendo mayoritaria, registrando el 46,7% del total (lo que significa una leve reducción del 48,7% anotado en 1992). En su mayoría estos hogares los confor-

<sup>21</sup> Véase Verónica Gubbins, Francisca Browne y Andrea Bagnara, *Familia: innovaciones y desafíos. Las familias chilenas en la década 1992-2002*, en *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002*, op. cit.

man parejas con edades entre 35-44 años y con pocos hijos (la proporción de éstos con solo un hijo crece de 15,8 a 20,2% en este lapso). En cambio, los tipos de hogares que crecen entre 1992 y 2002 son los unipersonales (formados por un jefe/a de hogar sin hijos/as, pero que puede tenerlos extra-residencialmente) que suben de 8,2% a 11,5% en este lapso, los nucleares biparentales sin hijos, que pasan de 7,3 a 9,1%, y los nucleares monoparentales (un jefe/a de hogar con hijos/as y/o hijastros/as) que crecen del 8,4 al 9,4%.

Entre las familias de tipo unipersonal lo que destaca es su composición masculina. Un número importante y creciente son separados/as o anulados/as, de edades entre 35 y 44 años y con más de 13 años de escolaridad, lo que indica que estos hogares responden crecientemente a rupturas matrimoniales o a la opción por un estilo de vida y, además, el hecho que ellos no estén formados mayoritariamente por adultos mayores o ancianos, señala que la familia chilena sigue haciéndose cargo de los padres ancianos. Por otro lado, el alza de los hogares nucleares biparentales sin hijos puede responder a parejas que deciden postergar su paternidad y priorizar otros proyectos laborales o personales. Por último, los hogares nucleares monoparentales los encabezan cada vez más solteros/as y separados/as o anulados/as (pasan de 18,2 a 22,7% y de 25,1 a 29,3%, respectivamente), y el 15% de ellos es encabezado por un hombre. No obstante, los demás tienen como jefe de hogar a una mujer que se hace cargo de sus hijos.

En el caso de las mujeres jefas de hogar los registros censales muestran una merma del tamaño de las familias, 48% de las cuales se compone de un hijo/a, así como un alza de la proporción de solteras por encima de las separadas, acompañado de un incremento en su nivel de escolaridad. Precisamente, el grupo donde más aumentan las jefas de hogar es el que registra más de 13 años de escolaridad. El aumento de la escolaridad parece permitir a un mayor número de mujeres, probablemente profesionales separado/as o solteras, vivir actualmente solas con sus hijos/as.

Los datos censales muestran otro fenómeno relevante en cuanto a la estructura familiar: su creciente desinstitucionalización, evidenciado en el hecho que las uniones civiles se legalizan cada vez menos. La proporción de hogares cuyos jefes están casados/as cae de 66,6 a 58,1% entre 1992 y 2002, mientras crecen las convivencias con jefes/as de hogar que se declaran solteros/as o separados/as o anulados/as, los que se concentran mayormente entre los 25 y 44 años de edad, en los grupos con más educación y en los niveles más altos de la estructura ocupacional.

En fin, se concluye<sup>22</sup> que avanza una creciente heterogeneidad en los modos de vivir en familia, en un contexto de postergación de la paternidad, de un empequeñecimiento de la familia, una diversificación de las formas de construir parejas y una mayor desinstitucionalización de la familia, en un curso que cruza a todos los niveles socioeconómicos antes que concentrarse en sectores de mayor pobreza y marginalidad, todo lo cual representa un repliegue de las formas más tradicionales de estructura familiar, y con ello, la marcha de un significativo cambio cultural.

<sup>22</sup> Véase Gubbins *et al.*, *op. cit.*

## LA POLÍTICA Y LA RELIGIÓN EN LOS REGISTROS CENSALES

Pero no sólo los cambios en la estructura familiar han sido asumidos como señal de una transformación cultural en pleno curso en la sociedad chilena. Cambios en la participación política y en la adscripción a los credos religiosos parecen apuntar también en este sentido, aun cuando estos últimos sólo acentúan en la última década —en forma notable, por cierto— tendencias que vienen de antaño.

En este sentido, el Censo 2002 ha observado una lenta inscripción electoral en los últimos años, lo que resulta relevante para el desarrollo político del país y sus estructuras de participación. Si los registros electorales a diciembre de 2001, con motivo de las elecciones parlamentarias, tenían un total de 8.075.446 inscritos, de los cuales un 47,88% eran hombres y un 52,11% mujeres, porcentajes que se mantienen más o menos estables desde 1988, la distribución y crecimiento del padrón electoral en relación con la población si ha experimentado modificaciones desde esa fecha. En efecto, si en aquél año de 1988 habían 58,1% de inscritos por cada 100 habitantes, en 2002 esta proporción cae a 53,7%, registrando las diferencias más significativas en las regiones II, XI y Metropolitana. Esta última, con casi un millón de habitantes más, sólo ha aumentado en poco más de 100 mil sus electores, lo que refleja una caída de 7,8% en el porcentaje de inscritos por habitantes. Análogo es el caso de la II Región, antaño entre las de mayor proporción de inscritos, que si bien registra uno de los mayores crecimientos de población, ve caer el porcentaje de inscritos por cada 100 habitantes de 60,9% en 1988 a 49,0% en 2002.

Por otro lado, el peso específico de las mujeres en el padrón electoral resulta mayor que el que detentan en el total de la población en edad de sufragar. En efecto, si éstas representan un 50,8% de la población mayor de 18 años, constituyen un 52,1% en el padrón electoral; aunque en este sentido no hay un comportamiento uniforme en todas las regiones del país.

En otro orden, el censo reveló un fuerte y polémico crecimiento del agnosticismo y el ateísmo. En efecto, si en los registros censales de 1992 contabilizaban a un 5,8% de personas en esta opción, el porcentaje de los que se reconocen en la categoría de *ateos, agnósticos o que no profesan ninguna religión* en el censo de 2002 se empina hasta un 8,3%, lo que significa casi un millón de personas, de acentuada mayoría masculina. Los datos censales indican además que en los jóvenes entre 15 y 29 años esta proporción sube hasta el 11%.

Paralelo a ello, el porcentaje de la población que se reconoce católica disminuye de un 76,7% en 1992 a un 69,9% en 2002, al tiempo que quienes se reconocen evangélicos se incrementan, en el mismo período, de un 12,4% hasta un 15,1%. En el caso de la disminución de la proporción de católicos, en particular, se trata de una tendencia arrastrada hace largo tiempo. En promedio los católicos han perdido un poco más de 3 puntos porcentuales en cada censo (en el censo de 1930 un 97,7% de la población se declaraba católica), pero la pérdida actual de casi 7 puntos porcentuales es la más severa que se registra en un período intercensal en las últi-

mas décadas. A ello hay que agregar que, si se considera el grupo etareo ubicado entre los 15 y 29 años de edad, la proporción de católicos desciende hasta un 66%.

En el caso del incremento de la población evangélica (de un 2,7% en el último censo), se trata también de una tendencia de más largas raíces. Mientras en 1950 los evangélicos representaban el 3,9% de la población de Santiago, en 1992 esa cifra llegaba a un 11,2%. Pero el avance del pentecostalismo después de esos primeros años explosivos ha ido bajando su ritmo, hasta el punto que en la última década hay menos de un 3 por ciento de expansión en todo Chile.

### VUELTA A UN VIEJO TEMA: ¿ES CHILE UN PAÍS MODERNO?

Como se indicaba al inicio, los registros del Censo 2002 han traído a colación las disquisiciones tendientes a interpretar la dirección y el sentido en que se ha reorientado el desarrollo social del país. Aunque nadie, prácticamente, discute el hecho que en la última década la sociedad chilena experimenta un proceso de cambios acelerados, continuidad en muchos casos de abruptos cambios que provienen de la década anterior incluso, lo cierto es que a la hora de descifrar su dirección y sentido aparece una diversidad de interpretaciones.

Específicamente en torno a estos datos censales y su comparación con los que entregaba la anterior edición del censo, en 1992, al hacer un balance de la década Tironi<sup>23</sup> sostiene que estos cambios tienen que ver con el ingreso pleno de la sociedad chilena en un proceso de *modernidad avanzada* o posmodernidad, expresado principalmente en las dimensiones de movilidad social que mostraría una aguda mejora en las condiciones de vida y del bienestar general de la población y en los avances sustantivos que este proceso produciría en términos de inclusión o integración social. Se trata, en definitiva, de los resultados de un curso que define como de *redistribución silenciosa*<sup>24</sup>, efecto que —aunque no se precisa— habría que atribuir a la acción de un mercado crecientemente determinante sobre el destino del grueso de la población chilena.

Este tipo de cuentas a partir de los recientes datos censales aluden a un debate que, de manera más o menos regular, ha tenido lugar en los últimos años, especialmente luego que en 1997 se pusiera fin a un ciclo económico extraordinariamente expansivo. Como se recordará, una sensación creciente de desencanto y frustración se instala en importantes sectores de la sociedad, abarcando incluso a la coalición gobernante. Ese es el contexto, por ejemplo, que convierte un ensayo crítico de

---

<sup>23</sup> Véase Tironi, *op. cit.*

<sup>24</sup> Es notable la semejanza con aquella caracterización, de *revolución silenciosa*, que hace Lavín en los años ochentas al alabar los logros del gobierno militar, a la que se oponía el propio Tironi en esa ocasión, alegando por los *silencios de la revolución*.



Moulián en todo un suceso editorial<sup>25</sup>, y en el que poco tiempo después aparece un informe del PNUD que instala el ya mencionado cuestionamiento acerca de las *paradojas de la modernidad*.<sup>26</sup> Es un debate en el que intervienen autores como Agüero, Brunner, Boeninger, Ottone, Lahera, Joignant, Garretón, entre otros, además de Moulián y del propio Tironi. Y es precisamente ese curso el que este último considera que puede cerrarse definitivamente con la interpretación que ofrece acerca de los datos censales.

Sin embargo, como señalan expresamente buena parte de los autores cuyos análisis emplea Tironi (los cuales hemos consignado aquí en buena medida), los resultados censales no permiten tales extrapolaciones, como la conclusión tajante en términos de la existencia de significativos procesos de movilidad social, elevación sustantiva y generalizada de la calidad de vida y un curso de inclusión o integración social. Sólo permiten, declaran sus autores, conclusiones parciales que, en cualquier caso, mantienen abierto el debate y los dilemas de caracterización que este contiene. La necesidad de ampliar los registros para construir una base de conocimiento, así como de articular análisis más integradores sigue abierta.

Sin que implique un cuestionamiento de la validez de los datos estadísticos del Censo de Población y Vivienda del 2002<sup>27</sup>, la comprensión de la magnitud y el sentido de los cambios que ha experimentado la sociedad chilena en los años noventa exige una mirada integrativa y, en muchos aspectos, más dinámica y precisa, que la que pueden ofrecer dichas estadísticas. Dicho de otro modo, estos datos no son suficientes para examinar muchas de las polémicas suscitadas en torno a este asunto.

Un punto, en este sentido, es despejar en qué medida es imposible aislar los cambios de la última década (asumido en el corte censal 1992-2002) de la ola de transformaciones económicas y políticas de la década anterior, y como tal si corresponde o no entenderlas como parte de un mismo proceso.

---

<sup>25</sup> Véase Moulián, Tomás, *Chile: anatomía de un mito*, Ed. ARCIS-LOM, Santiago de Chile, 1997.

<sup>26</sup> Véase PNUD, *op. cit.*

<sup>27</sup> De hecho, estos cuestionamientos existen y no son pocos. Además de las mencionadas diferencias entre las investigaciones de la Cámara Chilena de la Construcción en torno a las estimaciones del déficit habitacional existente entre los sectores más pobres, cabe agregar otras críticas aparecidas una vez conocidos los resultados censales. Este es el caso de las diferencias que ha planteado Mideplan en cuanto a las formas de estimación de la pobreza, señalando que el acceso a agua y luz, así como bienes en el hogar ya no son indicadores válidos al respecto. También lo es el de las aprensiones manifestadas por el Sernam, en términos de que la consideración unilateral de los incrementos de escolaridad y empleo femeninos entrega una señal equívoca de integración y equidad, la cual el hecho que las mujeres sigan ganando alrededor de un 30% menos que los hombres en situaciones de igual calificación y empleo pone en duda. En otro orden, también algunas conclusiones censales relativas al mercado laboral han sido cuestionadas por cobijar una contradicción con otras estimaciones del propio INE, como las contenidas en su periódica encuesta mensual sobre desempleo.